

en enorme cantidad, fueron encarcelados esa misma noche y durante los días subsiguientes. La dictadura inició una etapa terrorista tan intensa como no se tenía antecedente en la historia de los despotismos venezolanos. El *tortol* y el arsénico se pusieron a la orden del día. Dos años después, un 75 % de los encarcelados había fallecido de «muerte natural»¹. Los que salvaron su vida continuaron por muchos años soportando *grillos* y torturas en las celdas «rehabilitadoras.» Desde entonces, hasta principios de 1927, no fue posible la reorganización de centros estudiantiles, ni mucho menos de una federación nacional de estudiantes. En la fecha apuntada, velando con hábiles sofismas la finalidad de la agrupación en el proyecto de reglamento presentado a la censura oficial, logramos permiso para agruparnos. La F. E. V., se organizó de inmediato. Era necesario un distintivo del grupo; y la boina vasca arropó nuestras cabezas. Menos trascendente que el capelo de Oxford o que el manto de Heidelberg, el distintivo universitario se conquistó de inmediato carta de ciudadanía caraqueña. No por acaso escogimos la gorra de Vizcaya como señal del grupo. Era un distintivo que no tendía a aislarnos de la multitud sino a meternos dentro de ella. Por su filiación proletaria nos distanciaba resueltamente de la chistera burguesa. Más allá del hecho simple de diferenciarnos de los hombres grises, que urgidos de apetitos y de miserias pequeñas cerraban los ojos ante la bancarrota de la república, se agitaba una cuestión de ideología en el criterio electivo que nos guió. Comenzamos a actuar. A principios del 28 decretamos la Semana del Estudiante. El programa de festejos nada sugería. Era delicuescente, patriotero: ofrendas florales sobre la huesa de los libertadores, veladas líricas, batallas de flores, bailes sociales... *Muchachadas*, sentenciaron los teorizantes de la acción, escépticos de prestado, discípulos de un Bergeret lamentablemente traducido al criollo. Desde la iniciación de la Semana, el gobierno y las multitudes supieron de qué se trataba. Alto y recio dijimos nuestra palabra de rebeldía, oída con expectante fervor por las masas. Resueltamente, en discursos y poemas, en veladas de teatro y en mítines de plaza pública, agredimos al régimen y a sus hombres. La reacción no se hizo esperar. Los cuatro universitarios que habí-

mos alzado demasiado la voz, los que en forma más franca definimos la posición de la juventud, fuimos a la cárcel, con 90 libras de hierro a los pies. Solidarizándose con los encarcelados, el resto del grupo, respaldado en todo momento por las masas populares urbanas, inició una serie de manifestaciones hostiles a la dictadura. Durante varios días hubo un paro general en Caracas. El obrerismo, escaso en un medio poco industrializado, desorganizado al extremo de no estar agrupados sino muy pocos de entre ellos en los rudimentarios sindicatos profesionales de auxilio mutuo, abandonó en masa los talleres y las fábricas; y, sin cajas ni comités de huelga que los respaldaran y dirigieran, empujados sólo por su propia desesperación, se lanzaron a las calles, a batirse a pedradas contra las metrallas que hacían funcionar «enérgicamente» los depositarios de la «paz». Los estudiantes, en número de 300, e incontable cantidad de obreros, fueron encarcelados. En abril nos libertaron, presionada la dictadura para hacerlo por la corriente de opinión interna y por las protestas sustentadas en el exterior por hombres, periódicos y asociaciones libres. A los pocos días de estar libertados, en combinación con un grupo de oficiales jóvenes y con los cadetes de la Escuela Militar, asaltamos a tiros el cuartel de Miraflores. Cuatro de los más impenitentes lacayos de sable del gomezolato quedaron tendidos. Una delación de última hora nos impidió cumplir la segunda parte de nuestro plan—asalto por sorpresa del Cuartel San Carlos, donde estaba concentrado todo el parque,— y tuvimos que retirarnos de Mi-

raflóres, dejando muerto a uno de los nuestros y heridos o presos a otros más. Perseguidos activamente los dirigentes del fracasado movimiento, nos exilamos los que logramos evitar ser reconocidos por el servicio de espionaje establecido en todos los puertos de la república. Otros ingresaron a la Rotunda o al Castillo de Puerto Cabello, con el clásico par de grillos. A esta etapa de represiones violentas siguió un período de aparente inactividad en los rangos estudiantiles. Todo parecía indicar que la actitud del estudiantado había sido exaltación jacobina de un momento. En los primeros días de octubre demostró lo contrario. En un breve memorial, donde se invocaba el derecho de petición que a los ciudadanos de la Unión garantiza la carta política vigente, exigió del gobierno la inmediata libertad de los encarcelados, estudiantes, obreros, militares, profesionales. La respuesta de la dictadura fue inmediata. 91 universitarios, los firmantes del memorial, fueron arrestados por la policía y deportados a una lejana región del país condenados por la voluntad del «Jefe» a trabajar en la construcción de un camino carretero. El 11 del mismo mes organizó el resto de estudiantes federados una manifestación de protesta popular por la deportación de sus compañeros. Disciplinados por las consignas del comité organizador, los manifestantes no lanzaban vivas. Era un desfile silencioso, austero, integrado por miles de ciudadanos, a cuya cabeza, con el pabellón de la F. E. V., iban los estudiantes. La barbarie entró en acción. Eustoquio Gómez, pariente del despota, acompañado de un grupo de

los más feroces «leales» del régimen, con el respaldo de un escuadrón de gendarmes montados, hizo fuego contra la multitud. Numerosos ciudadanos y estudiantes cayeron, heridos por las descargas nutridas de aquellos «valientes» o atropellados por las bestias de la soldadesca. Los que se salvaron de la masacre fueron encarcelados; y en partidas sucesivas, enviados al sitio de deportación donde se encontraba ya el primer grupo. El aula quedó vacía. Si apenas continuaron concurriendo a ella unos cuantos hijos de hombres del régimen. Durante doce meses, bajo sol y bajo lluvias, mal alimentados y peor tratados, los estudiantes estuvieron abriendo en plena montaña el camino por donde ya está en marcha la revolución. El golpe de los picos no mordía solo la tierra de la región dura y soleada; hasta la conciencia de las masas, despertándolas de su letargo esclavo, iban las puntas aceradas. Desde comienzos del año 29 los movimientos populares armados se sucedieron unos detrás de otros. José Rafael Gabaldón, Arévalo Cedeño, Dorta, encabezaron esos movimientos. Urbina, Machado, un grupo de universitarios desterrados, los obreros venezolanos de la Royal Dutch, asaltaron en junio la fortaleza Wihelmina, en la colonia holandesa de Curazao; y, luego de castigar con esa acción las complacencias del imperialismo con la dictadura gomecista, llevadas al extremo de ser la policía curazoleña una avanzada en el caribe del régimen que despotiza a Venezuela, invadieron sobre la costa occidental del país, en un barco mercante americano del que se apropiaron a las guapas. En agosto, Delgado Chabaud y los expedicionarios del *Falke* desembarcaron en la costa oriental de la república; y si detalles de técnica hicieron fracasar la expedición queda de ella el ejemplo heroico de los que se dieron en sacrificio, lecciones por aprovechar para cuantos estamos compactos y resueltos a ir de nuevo a la acción armada y pruebas renovadas de que el pueblo venezolano está dispuesto a cancelar con la revolución, a todo trance, cueste lo que cueste, al régimen feudal y despótico que lo rige. El problema político de Venezuela por obra de la acción inicial del estudiantado, con la cual se solidarizaron de inmediato las masas populares, queda planteado en tal forma que no tiene sino una sola y única solución: la revolución; y la revolución se hará, aun cuando se confabule contra nosotros la internacional imperialista y sus agentes reaccionarios y traidores que son hoy poder en todos los pueblos de Latinoamérica.

Rómulo Betancourt

(Envío del autor)

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas de primer orden

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Motley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente

(1) Pocaterra incorpora este dato al expediente de la barbarie andina; y comenta: «Ni las pestes antiguas, ni las guerras modernas, arrojan un porcentaje tan aterrador de víctimas.» *La tyrannie au Venezuela. Gomez, la honte de l'Amérique.* André Delpeuche. París. 1928.

(Concluirá en la próxima entrega)